

LA INSEPULTA DE PAITA

por Diego Miran

Manuelita Sáenz ha excitado más de una vez la imaginación de los escritores. Algún encantamiento hay en la persona y la vida de la compañera de Bolívar que suscita en los sensibles emoción y simpatía. Tal vez su soledad, su entrega al amor, su destino de señora y sierva, al mismo tiempo, del caudillo libertador. Pablo Neruda no se ha sustraído al hechizo de Manuelita y en su último libro ("CANTOS CEREMONIALES", Losada, Buenos Aires, 1961) aparece, encabezando una serie de poemas de homenaje, su canto a la amante del héroe. Se titula "La insepulta de Paíta" y trasunta, en versos graves y altos, la inquisición del poeta acerca del destino de aquella mujer, cuyo cuerpo inencontrado parece integrar ya la naturaleza y la historia del continente.

Narra el cántico un viaje de Valparaíso a Paíta y el hallazgo de la costa peruana, a la que Neruda pondera como "... larga / cordillera / de arena y desdentada / soledad, oh desnuda / y dormida / estatua hurañá ...", promueve en él interrogaciones sobre la vida y la muerte en el marítimo desierto. En ella está el pueblo donde muriera el personaje de su poema, y ahí surge la indagación a "... la tierra / de la bella Enterrada". Hermosa descripción de Paíta está del enorme poeta chileno:

Las balastradas viejas,
los balcones celestes,
una vieja ciudad de enredaderas
con un perfume audaz
como una cesta
de mangos invencibles,
de piñas,
de chirimoyas profundas,
las moscas
del mercado
zumban
sobre el abandonado desaliño,
entre las cercenadas
cabezas de pescado,
y las indias sentadas
vendiendo
los inciertos despojos
con majestad bravía...

Pregunta por la tumba de Manuelita y nadie sabe de ella, ni humanos ni flores ni montañas. Al mar se vuelve el poeta para saber el paradero del cuerpo de la mujer amada por el genio, de la que supo de sus caricias y su devoción, de la que conoció su voz en el recogimiento apasionado del amor. Y el mar responde entonces: "... recuerdo su piel de nardo negro, / sus ojos duros, sus férreas manos braves..." Mas en el oceánico seno tampoco reposa la perseguida. En realidad, "... ya nadie / puede reunir su belleza".

Falta también el amante, falta la existencia concreta y real, y toda búsqueda será inútil. ¿Cómo era Manuelita? Neruda traza el retrato de la mujer, un retrato transfigurado en el mito, "vida imposible de traducir a muerte". E imagina el juego en que estuvo, el epitafio que merecía su última sede, sus dolores —exilios— y su soledad, su inflorescencia de carne y ternura, para decirle luego:

... adiós, adiós, adiós Julieta huracanada.

Una despedida que, a la postre, es un reencuentro, porque Manuelita está insepulta pero es resurrecta. Está en Paíta y lejos de Paíta, en el mar, en la arena, en la vida, en la muerte, en la presencia, en el olvido, en todas partes. Neruda se aleja nuevamente por el mar, sin hallar a la perdida en el lugar donde debiera yacer, pero habiéndola hallado milagrosamente en el poema. Es decir, en la eternidad.

Una adivinanza inserta en el canto es la gran respuesta a todas las preguntas que en esta exploración poética se ha propuesto el poeta. Dice así:

¿Quién está besándola ahora?
No es ella. No es él. No son ellos.
Es el viento con la bandera.

En esta creación magnífica, que la cósmica pluma de Pablo Neruda ha compuesto transida de dulzuras, habrá que acudir para redescubrir a la mujer que acompañó al libertador de pueblos en su viaje de penurias y glorias por América.